

Mi último día frente al mar

En mi mundo dicen que «nada es por casualidad». Así que probablemente no fue por azar que el día en que comencé a escribir este diario las siete primeras páginas quedaran en blanco.

Hoy estoy aquí bajo el tenue calor del horizonte, con las últimas horas de luz como únicas compañeras escribiendo el principio del final de una historia, o mejor dicho de miles de historias.

Sinceramente no me resulta fácil describir el sentimiento que he proyectado en este libro, cuyas páginas ahora albergan, pero sí puedo afirmar que contiene la esencia, el sentimiento y el amor del cielo por el mundo terrenal y por los humanos, sus moradores.

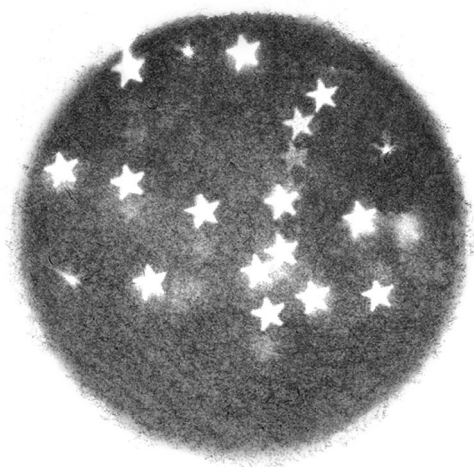
Recuerdo que al inicio de esta aventura todo me resultaba desconocido. Recorrí un largo camino y em-

pecé desde cero. Ahora, al final de esta historia, puedo decir que el ser humano es un ser único y especial con un sinnúmero de cualidades y de virtudes.

Inconsciente muchas veces de su luz, pero con un gran corazón. Con ganas de amar, de enamorarse y de ser amado. De vivir con pasión, con emoción y con sentimiento. Capaz de entregarse de manera incondicional y vivir con la misma esperanza. Hacer un mundo mejor.

Al inicio de esta historia algunos pensaron que no lo conseguiría. Pero ahora que los años han pasado guardo ese maravilloso recuerdo de amor vivido a cada instante, momentos en los que de verdad compartí, reí, lloré, luché y me enamoré... loca e incondicionalmente.

Ahora siento que si a mí me pudo suceder esto, quizás este lugar llamado Tierra sea el planeta del amor.



Ainiel
Puerto de Barcelona

PRIMERA PARTE

Desde el cielo



I

Primera luna de los siete soles

Aquel día, mucho antes de que la bóveda celeste amaneciera portando su eterno color rosado, antes de que los serafines y querubines anunciaran con sus cánticos y alabanzas el despertar del cielo, fui llamado. Dos enormes Tronos, ángeles de múltiples alas y una inmensa luz que resplandece más allá del infinito, se acercaron a mí, pues según me dijeron tenían un mensaje importante que transmitirme. «Debes acompañarnos urgentemente. Has sido llamado por La Voz y debes presentarte ante Él de inmediato. La Tierra está en peligro». Ese hecho marcó el inicio de mi aventura terrenal.

II

Segunda luna de los siete soles

Yo ya estaba aquí. Mucho antes de que los cielos se cubrieran de estrellas, de que las esferas del firmamento giraran e incluso de que aquel planeta al que algunos llamaban Tierra existiera. Vigilante. Siempre en movimiento. He venido a este lugar para cumplir una misión. Tengo que cuidar de la armonía y del bienestar del universo. Aunque para algunos parezca imposible y para otros inútil e inexplicable, ése es mi trabajo. Mi nombre es Ainiel y soy un ángel.

Las estrellas, los planetas a través de su luz y de su música me indican su propio equilibrio. A ellos me acerco y a ellos envío mi fuerza y mi luz para que sigan girando y brillando con armonía. Así se man-

tiene el equilibrio. Todo el equilibrio del universo, girando, vibrando, sonando. Cuando una estrella, un planeta, una esfera detienen su movimiento, el interior de cada uno de ellos deja de sonar, sus músicas se apagan, sus luces menguan y caen en la oscuridad.

Aquel amanecer después de la llamada volé raudamente para presentarme ante Él, no quería perder ni un minuto. Apenas tuve tiempo para adecentar mi presencia con estrellas y brisas —procedimiento habitual que seguía todo aquel que tenía que presentarse ante La Voz—. Aquel para mí insignificante detalle provocó miradas fugaces de atención por parte de los Tronos que con cada uno de mis pasos iban encendiendo sus llamas con una intensidad tal que casi podían rozar la túnica celeste que vestía, por lo que me vi obligado a acelerar el vuelo.

Un largo pasillo de alas y ojos me indicaban el camino. La música era cada vez más suave, hasta tal punto que no precisaba de mi intención para acercarme, simplemente estaba siendo atraído. Me detuve y miré al suelo. La luz hubiese cegado a cualquier habitante de las esferas.

—Señor —susurré.

—Ainiel —tronó La Voz—, ¿qué sabes de un planeta llamado Tierra?

Sin despegar la vista del suelo me acomodé la túnica y me paré a sentir. En mi recuerdo aparecieron las imágenes de inmediato.

—Señor —respondí—, el planeta al que sus moradores llaman extrañamente Tierra está situado en la galaxia de la Vía Láctea y la mayor parte de su superficie está cubierta por un curioso volumen de agua, que ellos denominan mares y océanos.

Sus habitantes son seres encarnados que gozan del libre albedrío, por lo que la información sobre su grado de evolución y sus actos nos son desconocidos en estos momentos, pues ellos mismos son los administradores de su presente, de su pasado y de su futuro. Ciertamente es que además de alma y cuerpo, estos individuos poseen mente y emociones, lo que les hace a la vez que especiales, especialmente desequilibrados.

La Voz tronó de nuevo.

—Necesito que te prepares. ¡Es una emergencia! Tendrás que viajar y es probable que te tengas que encarnar.

Los miles de ojos que me rodeaban se giraron al instante, incluso la música de las esferas se volvió apenas perceptible.

—¡Encarnar! —exclamaron—. Ni el mismísimo Metatrón custodio de los registros recordaba ya cuán-

do había sido permitida la última encarnación de un ángel.

— Así será, Señor — respondí sin dudar.

— Dispón todo para tu partida, daré las instrucciones necesarias para que seas informado de todos los detalles de tu misión y puedas prepararte a conciencia.

— ¿Puedo retirarme? — pregunté. Una brisa dulce y juguetona me indicó que sí.

— Un momento.

Detuve mi vuelo.

»Ainiel, ese planeta y los habitantes que lo pueblan, aunque entre ellos exista multitud de irresponsables, son para mí uno de los más preciados y de los más amados del universo. — El trueno esta vez pareció dulce y rebosante de amor.

III

Tercera luna de los siete soles

Mi primer objetivo fue informarme. ¿Qué estaba sucediendo?, ¿cuál era el motivo para tanta emergencia? Me dirigí con rapidez al encuentro de los generales, ya que ellos por su antigüedad eran los más indicados para ayudarme. De entre todas las misiones celestiales en las que había participado, aquélla era la más importante. Y yo era el elegido.

De manera que recorrí uno tras otro los cielos, las estrellas y cada uno de los planetas en busca de estos seres mientras me impregnaba de todos los datos que el universo me podía ofrecer. Fue entonces cuando empecé a sentir cómo mi esencia comenzaba a inundarse de imágenes atropelladas que irrumpían en mi conciencia, una sucesión de instantáneas que

se precipitaban sin apenas orden. En ellas podía observar cómo ríos, lagos, mares y valles hermosísimos e infinitas montañas se aparecían delante de mí. Arco iris y representaciones de seres vivos con diferentes anatomías, de los que más tarde sabría que los humanos llamaban animales. Los vi. A ellos. A los humanos. En grupo abrazándose. En pareja. He visto cómo les brotaban del rostro diminutas fuentes que se parecen a los ríos. Los he visto manifestarse con abrazos y con grandes sonrisas. Expresaban gozo, alegría, felicidad y otro tipo de emoción que más adelante en el cumplimiento de la misión conocería: la tristeza. Los había de diferentes tamaños y colores. También se movían como los animales, en manada. Se desplazaban entre lo que parecía ser grandes nidos termiteros que más tarde descubriría que eran sus casas. Habitaban en áreas desarboladas sin apenas bosques, vegetación o ríos. Cubrían su cuerpo no con túnicas, sino con ropas de diferentes colores, algunos llevaban en la cabeza curiosos y sorprendentes detalles.

Algo muy importante llamó mi atención, parecían tener dualidad. Tenían sexo. Se diferenciaban por sus tonos, formas y especialmente por sus expresiones. Sentí que algunas de ellas eran dulces y armónicas mientras las otras, las que parecían provenir de

ellos, eran más duras y directas. «¡Qué sorprendente!», me dije.

En las imágenes también vi sacudidas, empujones y rostros desencajados de los que manaba un sorprendente líquido rojo que causó una extraña sensación en mí. Esa última información alteró mi sentir. Me dejé llevar por la música de las esferas y preferí cortar mi comunicación con el universo.